

La pesca submarina



Al pié de la letra

La lectura de una crónica sobre pesca submarina aparecida hace contados días en un periódico barcelonés, nos mueve a escribir sobre este tema, por cuanto el mismo sincero alerta que en aquella crónica se da ante el auge que dicho sistema de pesca va adquiriendo, con sus funestos resultados, se daba también, aunque de manera muy comedida, en un artículo literario, debido a uno de nuestros redactores, aparecido en el Boletín de la Asociación Deportiva de Pesca Marítima de nuestra ciudad y correspondiente al último verano.

Al igual que el cronista barcelonés quien dice que no pretende disparar con sus líneas ninguna andanada contra la caza submarina, sino que cree necesario el que ésta debería ser estudiada muy a fondo antes de dejarla prosperar, también nuestro redactor reclamaba para los cazadores submarinos algo de control y más, si cabe, del que se viene aplicando, paulatinamente, a los pescadores de caña, con la obligación que tienen todos de poseer un carnet federativo.

Para que no haya lugar a dudas de la devastadora efectividad que podría resultar a la larga, de la expansión del empleo del fusil lanza-arpones en nuestro litoral, bastará reproducir algunos de los apartados de la crónica aludida al principio.

Dicen así: «Sin embargo ha llegado a mis manos el libro del comandante francés Jacques-Ives Costeau titulado «El mundo silencioso» y, como su autor ofrece verdaderas garantías de seriedad científica, resultando este libro muy al margen del vulgar libro de aventuras, ya me ha dado que pensar en lo tocante a lo funesta que puede resultar la caza submarina. Véase lo que cuenta dicho libre en su página 18. «Nos dedicamos con apasionamiento a la caza submarina, con ayuda de ballestas, lanzas, fusiles de muelle, arpones propulsados por la explosión de un cartucho,

sin desdeñar la elegante técnica del escritor norteamericano Guy Gilpatric, quien ensarta los peces con impecables estocadas. Nuestra chifladura dió por resultado la desaparición casi absoluta de la pesca en el litoral, con la natural indignación de los pescadores profesionales...»

«Las afirmaciones del comandante Costeau no pueden ser más explícitas. La caza del pez es de efectos funestos. Está bien, claro que el pez debe «pescarse», nunca «cazarse». Un par de cazadores submarinos limpiaron de habitantes y en muy breve plazo toda una zona de costa.»

«Es indiscutible que con lanza o arpón se cobran ejemplares difícilmente capturables con anzuelo y hasta con red. La faena del arpón al atravesar el pez derrama sangre en el agua y si esto atrae a los peces supercarnívoros (escualos y parientes próximos), en cambio — dicen — aleja rápidamente del lugar a los peces normales, que más o menos carnívoros, no son, en cambio, peces de presa, y estos son generalmente en la zona costera, los que más abundan y por lo tanto, objeto de captura por parte del pescador profesional y del aficionado de caña y anzuelo. Además, cuanto contribuya a acercar al litoral a los peces netamente zoófagos, por contrapartida, facilita la huida de los que no lo son ante la presencia de los terribles caníbales del mar.»

«Asimismo, — para terminar —, estos «gigantes» relativamente pacíficos y sedentarios de las rocas próximas a las zonas costeras, máximo objetivo de los cazadores submarinos, ¿no serán los grandes reproductores de sus respectivas especies, que al devorar millares y hasta millones de huevos permite una reproducción en gran escala y su eliminación no puede traer una consecuencia parecida a la de la fábula de la gallina de los huevos de oro?»

No parece necesario prose-

Por más que el hombre porfíe en el logro de su completa perfección, sea del orden que sea, el motivo de enmienda, todos ya sabemos y por la razón esencial también, que no podrá llegar nunca a la consecución de tan sublime ideal. Sus errores seguirán interponiéndose en el camino de su vida, ora involuntariamente, ora con pleno conocimiento de causa. De ahí, que las personas rectoras tendrán siempre su misión por delante, tratando de enderezarnos en nuestro existir, ya sea moral, religioso, escolar, profesional, etc.

Al hacer este preámbulo y comentario nuestro pensamiento lo ponemos en los afares de los doctos académicos que dedican su vida al estudio de la perfección de nuestro idioma. Buscan la pulidez de la palabra, este don tan magnífico que sirve muchas veces para que no nos entendamos, a pesar de que esta pulidez los haya que no la quieran para sí.

Al lado del enriquecimiento académico de nuestra lengua, habrá quien, por ejemplo, preferirá emplear la palabra «cantamañanas» a la de «amigo», o «que tío» a «que hombre». Allá ellos con su obstinada imperfec-

seguir con la reproducción de más texto del que acabamos de transcribir, debido al cronista I. Sabater Rosich. De lo que luego sigue en su artículo, se descubre que Sabater es un gran aficionado a la pesca a caña. Esta su afición, avalada por los profundos conocimientos técnicos o científicos que se desprenden de su escrito, es lo que ha impulsado al autor de estas líneas a manifestar, esta vez sin cautela, de que la pesca submarina dejará de ser deporte cual lo es la pesca a caña, en el mismo momento en que, llevada a ultranza, no se la sujete con medidas restrictivas.—L.

ción en no querer desterrar de su léxico tales feas palabras; al fin y al cabo no traerán otras consecuencias que la misma fealdad en quien las culiiva.

No obstante, y ahora va a tratarse de la palabra escrita aunque en este caso no haya fealdad, hay que andar con cuidado en el uso de ciertas palabras. Podrían traer serias consecuencias, si por acaso cayeran en manos de un Crispín de nuestros tiempos. ¿Qué se le ocurriría a este personaje si tomara el periódico y leyera: «La cobranza de la contribución tendrá lugar, etc»? El y su amigo, el encargado de poner y quitar las comas, seguramente estudiarían el caso y a lo mejor se harían inmensamente ricos. Dirían: estas líneas son una orden. Cuando se da una orden a cumplir lo más natural es que se dé importancia al que ha de cumplirla y a la cosa a ejecutar. Y como en este caso Crispín sería uno de tantos mandados y de la cobranza de la contribución se trataría, diría a su amigo: «Vamos a cobrar la contribución.» Y con estas mismas palabras se expresaría al personarse en el local y horas de costumbre: «Venimos a cobrar la contribución».

¿Quién podría discutirle lo que tan al pié de la letra cumpliría? ¿No daría la sensación de que sabe interpretar las palabras en su claro y estricto sentido? Pues pensemos en la perfección de que se habla antes, aunque este mismo escrito pueda estar lleno de imperfecciones.—Abecé

Electricidad - Lampisteria
Calefacción - Saneamiento
 MUCHOS LE DIRAN QUE
 PUEDEN HACER UNA
 INSTALACION, PERO VD.
 DEBE ASEGURARSE QUE
 SEPAN HACERLA

Exija referencia y garantías
JUAN PUIG
 Verdguer, 13 - Teléfono 161

RADIOS
 DE LAS MEJORES MARCAS
 Reparaciones de Radio por personal técnico

DISCOS
 con las ULTIMAS NOVEDADES